

LOS CROMOSOMAS DE LOS PIRINEOS

Raúl Iglesias



LOS CROMOSOMAS DE LOS PIRINEOS



safe creative



1 009227 408834
INFO ABOUT RIGHTS



EDICIONES ZAMBURRIO

© Raúl Iglesias.



Esta prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, copias, registros u otros medios, sin el permiso previo escrito del titular del Copyright.

Este es un ejemplar que el autor obsequia de forma altruista y gratuita: **está terminantemente prohibido comerciar con él.**

Puedes dejar tu opinión comentario o sugerencia en:
estircolyrosas@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Tiene el poema dos autores:
el lector y claro ,el poeta.
El poeta hace la mitad;
el lector es quien lo llena.
Dime ¿para que nos sirve
sin una llama la vela?
Tú mi querido lector
eres la llama en mis letras,
por que sin ojos y oídos
están sordas y están ciegas.

ROMANCES

MUERTE

(Parte I)

AGUA SALADA

Desprovistos de su carne
deambulan por nuestros cuartos,
las aguas más revoltosas
batiendo con furia cascos,
sedientos de abrir camino
mientras excrementan fango;
arrasando lo que pillan,
embruteciendo a su paso,
por debajo de las camas
donde trasnochan los gallos.
Sobre una nube corrupta
el salitre coge el mando,
con su quehacer descompuesto
esperando al trueno y rayo,
para bajar en manada,
sobre gotas, con su rango
que corromperá la agüita:
la dulce; la de sin fiasco.
¿Quién quitará la sed luego
si el luego estará salado?
Moriremos como peces
sobre la tierra secando.
Ya no servirán de nada
los grandes ríos ni lagos;
ni las fuentes, manantiales,
ni los miserables charcos.
La sal saldrá de los grifos,
saldrá también de los caños
y envolverá las gargantas
con manjar del desagrado.
Y beberemos arena,
y escurriremos los cantos

al borde de una locura,
que nos vendrá recitando
en alguna lengua muerta
para irnos acostumbrando.
Os diré vuestro futuro,
aunque el futuro haga daño:
reposarán nuestros cuerpos
en las panzas de pantanos,
donde pensar a escondidas
¿donde acabó el trago sano?
Acabó bajo el salitre;
donde todos acabamos.

ANTES DE AYER

Antes de ayer se hizo eterno,
con su negra telaraña
de una seda descompuesta
que atrapa más que la blanca,
hasta el filo de tijeras
que acorazan ocho patas.
Hoy la araña cumple años:
tú corazón es su tarta.
Nunca suele acabar bien,
cuando nunca dices basta,
porque si siempre es principio
el principio nunca acaba
y al final tanto principio
es lo que más nos aplasta,
tornándonos en felpudos
donde habitan cucarachas;
donde suben los demonios,
donde los ángeles bajan
y sin sus santos escrúpulos
la túnica se levantan,
mostrando su culo blanco
que en el felpudo se rascan.
Los turbios regueros se
preparan para la marcha,
mientras disuelven los cantos
que alojaban en su panza
con el murmullo que vive
agarrado a las gargantas,
que devoraban las lenguas
que dientes y muelas mascan;
con estertor de faringe,
discípula de las llamas

que las ordenes no entiende
y por su cuenta abrasaban.
Y los piojos no se sienten
seguros sobre las calvas
y se mudan sigilosos
a donde el pelo y la lana,
para apretar bien sus fauces
en pos de la carne blanda;
para obtener su bocado
del sueño de la legaña.
No te afanes en destruirte,
que de eso ya alguien se encarga:
son los dichos traicioneros
que en la saliva hacen cama,
desmoronando los tientos,
infectando las palabras
que mueren enaltecidas
sobre los charcos de plata,
que llovieron de los ojos
de retinas desangradas,
de miles de gentes, sí,
que no merecen tal fama.

AUSTERO RECUERDO

Castigado en una esquina
-dando al público de nalgas-
el recuerdo más austero
se atraviesa en la garganta,
con el desollar del filo
y el quemazón de la llama,
que degollaba a las flores
que no han sido aún pisadas.
Peligrosas amistades
de ombligos y garrapatas:
tú la sangre, yo el veneno
de la vida que embalsama.
¿Porque la enfermedad cura
y los remedios nos matan?
Sólo sé de esa boquita,
que nadie que bebe sana.
No podían ser más bellas
esas culebras con alas;
suaves como el terciopelo,
letales como guadañas,
que sisean a los cansados
la más dulce de las nanas,
mientras reptan hacia el cuerpo
con su mudado pijama,
buscando dos orificios
para sus broches de plata.
El aleteo fue tan bello;
hasta que se tornó a plaga,
sumiendo de nubes grises
los tejados de las gatas,
que se frotan contra cruces
como vulgares fulanas,

para al primero que ataque
desenfundarle sus garras.
¿Cómo pudiste mal bicho
derrumbar sólidas camas?
Mientras que los sueños huyen
buscando lechos en calma,
donde no estorbe el quejido
del levantar de persianas.
El recuerdo mas austero
ni con lágrimas se ablanda
y erguido como una roca
se despide mientras mata.

AUTOPSIA

I griega en el pecho: autopsia.
La epidermis como el hielo.
No te preocupes por nadie;
nadie te echará de menos.
Será lo más parecido
a estar dormido sin sueños,
a flotar por entre nubes
permaneciendo en el suelo.
Abrirán tumbas con llantos;
ganas de ser de los fetos ,
que no portarán ombligo
-la cicatriz de los reos-;
que divino ser se puede
aún siendo carne y hueso.
Soportando el bisturí
que remueve el avispero,
se ve pasar los segundos
por un reloj sin aliento,
que mueve los tres muñones
blasfemando contra el tiempo.
Mira bien desde ahí arriba
tu baratija de cuerpo,
donde pecan las serpientes,
donde tiritan inviernos,
donde párpados con hambre
se jalaban a los cuervos.
Si con amor fuimos creados
por manos de nuestro maestro
a imagen y semejanza:
Dios debe ser un engendro.
Que es lo que nosotros somos:
el amargor del ajenjo;

que con la correa colgando
nos creímos ser los dueños
de todo esto que arrasamos
en lo que dura un momento.
I griega en el pecho: autopsia.
Hoy serás tú el mensajero,
que promulgue la gaceta
para nunca errar de nuevo.
Cadete de la discordia,
tu historia narra tu ceño:
pronunciado; fuiste malo.
Distendido; fuiste bueno.
Como dijistes en vida;
la vida es sólo lamento.

CARNAZA

Me gobernaba un suspiro,
sin piedad, en mis adentros,
arruinando lo que tuve,
que fue poco pero incierto.
Mi corazón de madera
indigno del gran Gepetto,
ni vive ni descompone;
sólo es un tucó travieso,
una fábrica de astillas,
un espejo contra espejo,
una torcida pared;
espinos haciendo lecho.
Al final de la vereda
donde se acababa el suelo,
asomaba una guirnalda
hecha del olivo seco,
que dio sombra a las pezuñas
que remueven los cencerros,
que retruenan en las sienes
con el vozarrón del trueno.
Y los pastos se consumen
por que sueñan con el fuego:
cuando los sueños son malos
se hacen realidad los sueños.
Cosa que nunca pasaba
cuando los sueños son buenos:
es aquella ley no escrita;
la del relamer siniestro.
La incoherencia domina
ya desde nuestros ancestros
y heredamos lo que toca;
nunca lo que más queremos.

En los carros remolcados
por los torsos de cabestros,
maniatados se cargaban
los arrecifes eternos,
donde encallaban las panzas
de los barcos más apuestos,
dirigidos por piratas
con el parche sin ser tuertos:
y ni piratas ya eran;
eran nobles con atrezo.
Mi corazón ya podrido
tan sólo espera el entierro,
que da provisionalmente,
este, tan gélido pecho,
que abastece del temblor
que me quiere volver cuerdo,
pero que no lo consigue:
aún no he tenido dueño,
ni dueña, pese a quien pese;
si es que pesa, que me alegro.
Marché alegre, aunque de piedra
he hice como que me quedo,
en el barrizal enorme
que sale de los calderos;
que ya no los abastecen,
que se quedaron pequeños
y cubrirán todo al fin
abarcando esqueletos ,
a pares de enamorados
que en abrazo fenecieron
por no correr divididos:
estúpidos embusteros.

COBARDES

Se escudaban tras sus cortes
los emperadores canos,
de infinitos apellidos
de difícil pronunciado.
No mordía nunca el perro
la mano que da del amo:
pero nunca fuimos perros
ni nunca fuimos lacayos.
Arriadas carnes del trono
se arrastrarán cual gusanos,
implorando una clemencia
que no ofrecieron antaño.
La niñez pasó en corceles,
la juventud a caballo;
madurez sobre la mula;
la vejez llevando al asno.
Que linda fue la cruzada,
que bellos los rojos prados;
de la fuente brota sangre,
del campo cuerpos humanos.
Mientras, en sus aposentos
decidirán los tiranos,
si de corto asistirán
o quizás irán de largo,
a aburridos funerales
donde lloraban por asco.
Ganadores aún vivos
y hordas de los derrotados,
con sus cuerpos transparentes
avanzaran aliados,
para dar fuego a los nidos:
sólo a los nidos más altos.

COCODRILOS

Tal como los cocodrilos,
que nunca muestran su vientre;
su forma de no enseñar
la forma de darles muerte;
que tienen un punto débil
que el duro suelo protege:
este suelo que hace todo
por que incluso nos sostiene.
fuimos tal que así nosotros:
cubriendo lo más endeble
que tuvimos y tenemos;
-nuestro corazón alegre-
para que nadie lo dañe
ni tampoco se lo lleve;
nosotros lo protegemos
sin darle turno a la suerte.
Tal como los cocodrilos,
tan sólo escamas y dientes;
al sol abriendo la boca
para que fiel se la llene,
de este calor que les falta;
del calor que se les debe.
Así posamos nosotros
para que se nos deshielen,
estos ojos que no vieron,
estos ojos que no entienden,
estos embusteros ojos;
estos dos ojos que mienten.
Tal como los cocodrilos
que a sus pequeños protegen
entre sus tremendas fauces;
esas mismas que revienten
en algunas ocasiones

convirtiendo en ser inerte.
Igual nos pasó a nosotros;
como vulgares peles,
que nos amamos y odiamos
mezclando petróleo y leche;
y los besos y mordiscos
pacen el mismo pesebre.
Igual que los cocodrilos,
en la tierra o entre peces
tan sólo buscan su presa;
presa que les alimente.
Pues así fuimos nosotros;
los mismos que fuimos siempre:
ese par de cocodrilos
que se dieron mutua muerte.

CUCHARAS Y TENEDORES

Cuando el mar se come al sol
y las almendras desiertan,
la codorniz se suicida
con mensajes de botella,
que sólo hablan de chorradas
escritas por algún poeta,
que en lo único que acertó
fue en vaciar a las botellas.
Los murciélagos anidan
en el corazón de fresas,
por que es lo más parecido
a la sangre que está cerca;
y al lado, sobre el peral,
los buitres pagan su renta,
condenados de por vida
a comer tan sólo peras.
Sabandijas y neuronas
comparten misma cabeza
y los inviernos ancianos
se marchaban con muletas,
a las posadas lejanas
en dónde los gatos friegan
vómitos aún calientes
de las gargantas en vela,
que se frotan por los pomos,
que se alejan de las puertas,
reventadas por los puños
de las manos más izquierdas.
Musitaban los calambres
azuzándose a la leña,
que no se sabe valiente
para reunirse en hogueras

que alumbraban los caminos
por donde vagaron testas,
cabizbajas por el peso
que las dispuso la pena.
Candiles, bajad candiles,
para alumbrar la topera,
que nos dejó los bocados
y se llevó la agua buena,
por su humilde sumidero
que se traga a lo que riega,
con el apetito enorme
que gasta la madre tierra.
De poco vale que rasquen
las uñas en la cantera;
cuando lleguen al muñón
serán cuando se den cuenta,
que aunque nada es imposible,
no hizo la elección correcta;
por que acertó el enunciado,
pero erró con la herramienta.
Cucharas y tenedores
casi nunca ya se enfrentan,
por que han comprendido al fin
que es distinta su manera,
de afrontar las situaciones
que se acumulan en mesa.
Ya nos veremos mañana
entre el caldo y las lentejas,
esquivando el salvavidas
de plomo que tanto pesa;
por que entre tanto mojado
de nada valen las huellas,
que aunque saben que no valen
a las pisadas se aferran,
como las recias glotonas
que son: como pordioseras.

DERROTA

Os cuento que a día de hoy
todo me sabe a derrota:
pero no es por nada externo;
tan sólo es mi misma boca,
que ya no encuentra palabras
de estar tanto tiempo a solas;
solamente gesticula
como el perro con su cola.
Recuerdo que fue volcán
guerrero que desescombra,
sepultando con su baba
a las más blancas palomas,
que de paz no saben nada;
sólo de migas y roña:
no es lo mismo ser, ser dulce,
que tan sólo ser golosas.
En el fondo del bolsillo
agujeros se amontonan:
poco a poco fui perdiendo
los entierros y las bodas,
que guardé con la cautela
de bombillas de farolas,
que desde lo alto bendicen
por si acaso las aflojan.
Nunca supo de vergüenza,
aunque roja, la amapola,
que hace sangrar a los prados;
sí, con su herida olorosa,
que llega a mi pituitaria
mientras de recio se embosca,
para ocultar el perfume
y dejar la sangre sola.

Quizá este triste semblante
nunca haya estado de moda,
con la agilidad del plomo
sirviéndole a la modorra.
Ahora, hasta el reptar cuesta
por subidas remolonas,
que discretas van creciendo
hasta un cielo que no flota
cayendo como lo muerto;
cayendo como las bombas,
sesgando la escasa dicha
que de ciento en ciento aflora.
El tacto andaba molido,
el olfato no funciona,
el oído es un cadáver;
los ojos son sólo costras.
El gusto !maldito gusto!
Resiste junto a mi boca,
para seguir degustando
el sabor de la derrota.

DESCORAZONADO

Descorazonado siento
mi existir tan lamentable,
sobre el peso de las huellas
de estos restos tan mortales;
que pesan como pesaban
los párpados con amarre,
que ciegan a tristes ojos
que se saben miserables,
por no haber aprovechado
la gratitud de la imagen,
que suave nos acaricia
sin pedirnos ni un detalle,
por su místico reflejo
de cristalino follaje;
que no oculta, solo enseña
su tan divino semblante.
Las diez plagas se brotaron
de la lengua de los diantres,
que mascaban entre líneas
las ubres sin inmutarse,
agriando toda la leche
que servirán los titanes,
en las palmas de sus manos
desprovistas del agarre.
En la almohada me estrechan
los tendones que se baten,
por estrujar algún sueño
sin que los lobos les ladren,
apiñados entre dientes
que se juntan en desgarre,
para retirar las mantas
y lograr desalentarme,

en estas áridas noches
que duran miles de instantes.
Cuando el tacón se derrumbe,
el suelo viajará errante,
dejando caer al abismo
que permanece inmutable;
abriendo con gran estruendo
el calibre de sus fauces.

DESPUÉS DE LA CALMA

La locura reposada
se ocultaba bajo el mimbre,
de los cráneos mal trenzados
por un renegar sublime,
que hace añicos los tinteros
de un relucir que destiñe,
el sentir encabritado
que a blasfemias se define.
El viento encolerizado
mientras deambula, nos riñe,
con su renegar revuelto
agudizando su timbre,
hasta hacerlo insoportable
entre tímpanos que fingen
que no oyen; pero si que oyen
y a duras penas resisten.
Y los nómadas tejados
contra el suelo se despiden;
con cerámica quebrada,
con los musgos sin esquila.
Vino calmada, tormenta,
ofreciendo de su envite,
agasajando al terror
con el fruto de su estirpe,
tan amarga como oscura
bajo el rostro del confite;
repitiendo su sermón
desde el púlpito más triste.
Destrozadas bailarinas
sobre el gallinero gimen,
con el cuerpo desmembrado
por el tornado más simple:

que sólo sabe de vueltas;
del giro que no reprime
sus ganitas de destrozo,
su ojillo de gran calibre.

EL AMANECER INCULTO

En amanecer inculto
cantaron los gallos lerdos,
esperando a que llegase
el más invisible evento,
que sólo espera el domado;
que sólo esperan los cuerdos:
nos apañamos los locos
con el saber que no es cierto.
Esperamos entre carnes
que nos abandone el cuerpo;
no puede volar el alma
sujeta a tan basto peso.
Maldito valle en penumbras
donde rumia el ángel negro,
demoliendo todo el pasto
con incisivos siniestros,
que afilados deambulaban
como tahúres rastreros,
buscando a la hierba ingenua.
En el borde del alero
guardaban cola los tristes,
cansados de ser el cebo
de los monarcas más grises;
los del reluciente cetro,
hecho de un oro que tiñe
todo lo que fue sincero.

MUERTE A LOS POETAS

Tantos poemas de amor
tan sólo son la basura
que tiran las bocas lerdas;
desperdicios que se escudan
detrás de palabrerías,
que sólo hablan de hermosura,
de lo bello que era todo:
"Oh el amor, que gran locura";
de como se quieren tanto
esa camisa y la blusa.
El amor es la quimera
tan imposible que insulta;
lo saben los argonautas
y no parten en su busca.
El amor es la costumbre:
buscar una luz que luzca,
aunque cuando esté fundida
aún creamos que alumbraba.
El amor sólo es capricho;
terror al jamás y al nunca,
el no querer estar solos
en esta rama sin fruta,
que nunca albergará vida
ni el gran peso la derrumba.
Aflora en cada latido
la arcada mientras secunda,
que los amores y el odio
comparten la misma tumba:
hoy te quiero un universo;
mañana sólo que te hundas.
Hoy eres toda mi vida
pero olvide que fui tuya.

Palabras, sólo palabras
que sin control se eyaculan;
la tontería del necio,
el sprint de la tortuga,
hacia un barranco tan alto
que ya ni lo disimula,
esperando a las visitas
con educación y arruma.
Oh, lenguas empalagosas;
corazones con costuras,
acabad con esta farsa
antes que más aburra.

EL ÁRBOL

Desde la punta de ramas
se desploman los gatillos,
hasta llegar a su sombra
donde abrevaban los trinos,
enmudeciendo por siempre
por el veneno abatidos.
En otra rama la gárgola
cierra su rocoso pico,
irguiendo su pecho yermo
con su talante castizo;
pero la rama no aguanta
el peso del "titanismo"
y se rompió en cien pedazos
contra lo duro del piso.
Tórtolas enamoradas
sobre la copa hacen nido:
para ser copa perfecta
tan sólo faltaba el vino.
Pero hubo desavenencias,
y a la mujer, el marido,
en el medio; entre ala y ala
le ha sumergido un cuchillo.
En los suburbios del tronco
morían los pajaritos,
con sus desnudos plumones
aprendices de mendigos.
Morirán llenos de yagas
antes de apenas ser niños:
fueron huevos, hoy son carne;
mañana el pasto de bichos.
Sobre una rama del este
se ha escuchado un estallido;

dicen que palomas blancas
han matado a un grajo a tiros
por el color de sus plumas,
por su proceder esquivo,
por su estirpe renegada,
por su garganta de espino.
Ya sólo que da una rama;
no la frecuentes amigo,
porque tramaba algo el árbol
que huele al negro destino.

EL CUCO

Salivando el amoniaco
sobre cuerpos aún crudos,
pasaron tan miserables
los años haciendo lustros;
comiéndose carreteras,
despoblando los arbustos,
donde siempre reposaba
la tenaz hembra del cuco,
mientras hacen sus labores
los picos menos astutos.
A la izquierda y a la diestra
los parajes donde estuvo,
cebándose aquel infierno
con los árboles más chulos,
ennegreciendo los pastos
con su lengua de cartucho,
difuminando horizontes
con los eructos del humo.
Hoy todo está ya cadáver
y aunque hace, aún huele al tufo,
que transforma las pupilas
en los parajes abruptos,
en donde animales muertos
fluyen sobre los esputos,
de gargantas abrasadas
por el azufre infecundo,
que bullía en cacerolas
de los cañonazos mudos.
Los nudillos se agrietaban
de llamar tanto a lo bruto,
en la puerta de aquel cielo
donde paseaban desnudos,

los pichones con sus alas
tan blancas como sin rumbo,
que vendrán a comer migas
del pan con forma de mundo,
sin el cumplir su misión;
la de salvar a los zurdos:
porque los zurdos son menos;
cabén todos en el zulo
preparado para el día:
-que la fecha nadie supo-
lo llaman Apocalipsis
los sabihondos más incultos.
El los vasos, caliente el
trago espeso del apuro,
que plegará las gargantas
haciendo con ellas nudo;
ahogando aquella plegaria
que invocaba a los difuntos,
para que llevasen pronto
estos restos tan insulsos:
los que comparecerán
ante el juez y su discurso;
el que cribará las almas
a la derrota o el triunfo.

EL DÍA DE NUESTRO ENTIERRO

!Bienvenidos, pasad todos;
bienvenidos a mi entierro!
Aún oigo sollozos
de "amigos" que no lo fueron.
Los coros de la inmundicia;
rastreros falsos lamentos:
"era tan buena persona",
"lo echamos tanto de menos".
Mientras cebo a los gusanos
en mi reposar eterno,
recordare las hazañas,
cuando fui torpe guerrero:
una niñez en azúcar;
la juventud no fue menos.
Una madurez plateada,
un envejecer de hierro.
Pero ya llega una altura
de dejar sitio a lo tierno:
la carne dura se aparta;
ya no vale "pal" puchero.
Y yo que aborrezco el luto
y la tristeza, os ordeno,
que nunca olvidéis lo malo,
pero recordad lo bueno.

EL FÓSFORO ETERNO

Estos días de calor
el sol se me antoja espuela,
y yo su cabalgadura
con la panza medio abierta
por el envite del necio,
por los rayos de la rueca,
que deja salir los lobos
muertos de hambre en cada vuelta.
Tengo el pensamiento turbio
y la mente tan dispersa,
que sólo pienso en meterte
muy dentro de una nevera;
al lado de los matojos
que tú pudriste en la huerta:
todos los pozos secaste
con tú lengua larga y tersa.
Te pondré junto a la libre
que ya es sólo carne muerta;
detuviste su zancada
con tu invisible barrera.
Con los labios como lija
y la garganta tan seca,
sólo te pido un favor:
que por honor anochezcas,
y mañana cuando salgas
que te traigas la tormenta,
con chaparrón y nublados
que mojen tu eterna leña;
aunque sea un instante
el que sin dolor nos dejas,
nos vale para ir pasando
hasta que de nuevo crezcas.

¿Donde coño están las sombras;
no hay ninguna que se atreva?
Las vigilas tan arriba
que las verás si se acercan
No tienen sombra las vacas,
no tiene sombra la abuela;
el árbol no tiene sombra,
ni bajo el muro se cuele.
Serás el fogón celeste,
pero incluso las estrellas,
los luceros y la luna
se mudaron a otra esfera,
para que nunca cocines
sobre una inmensa cazuela,
su carne jugosa y blanca
que prefiere noches negras.
Yo creo que sólo aguanten
cocodrilos y culebras
y seres vivos frioleros
que suelen vivir en selvas,
por que los demás morimos
tan secos como la tierra,
que cubrirá nuestros cuerpos,
temprano; un día cualquiera
y por fin descansaremos
de tu serenata eterna.
Por siempre odiaré a los rubios,
a lo amarillo y las yemas.
Por siempre recordaré
la angustia del tener cerca,
un trocito de tu infierno
que entre nosotros se cuele,
sin hacer apenas ruido;
con el mutis que revienta.
Sobre mi lápida labren
-si quedan manos sin grietas-:

"Sólo fuiste mi verdugo
sin perder yo la cabeza.
Me levantaré de aquí
el día en que tú la pierdas".

EL HUMO DE LA TARDE

Desbrozando los grisáceos
mercaderes de lo vivo,
con mujeres parturientas,
reunidas, forjando un himno,
en que la vida abre paso
con la bendición del grito,
a este mundo lastimero
que no está del todo hundido.
Quedan a cientos batallas
donde tuercas y tornillos,
lucharan porque su raza
no claudique ante algún giro;
pero nunca se dan cuenta
de que sirven sólo unidos.
Muchacho, entiende, vivir
no es fácil: es un desafío;
pero viviendo podrás
solamente así vivirlo
y esto cubrirá tus carnes
con los "aleares" más finos,
para recoger las moras
sin rasgarte con los pinchos,
de las zarzas que dan todo
por sus hijas y sus hijos.
Sólo invitan a la fiesta
al lechazo y al cabrito,
para servir de sustento
a los más sucios hocicos
que parlan, parlan y parlan
con el mayor desatino;
que hasta su lengua y sus dientes
creían estar podridos.

Hasta blancos unicornios
no quieren cumplir su mito:
y son vagos y rebeldes,
y sucios y medio bizcos,
y su cuerno es del atrezzo
de algún teatro clandestino,
donde los actores mueren
antes de sonar el tiro.
En la acera, nubarrones
se ofrecen como mendigos:
de pan duro se alimentan;
de llover dan sólo vino,
tan fuerte como el vinagre
que coronaba los picos,
de pájaros buhoneros
que ponen en venta trinos.
Ya no busques en los vientres
de nuevo aquel suave abrigo:
ya no existe, se extinguió;
ya no existe, se ha extinguido,
bajo el humo de la tarde
que pesa como el ladrillo
y se lleva mientras pasa;
lleva lo que nadie quiso.
Se ha llevado ancianos vientres,
la entrada de los cortijos,
las ramas de los cerezos;
dejó el ser, se llevó el fuimos.

EL MIMO

Se diezmaban los valientes
postrándose ante el retiro,
mientras les dan los cobardes
a base de tierra abrigo,
para calentar los cuerpos
que enseguida ocupa el frío:
compañero de la muerte
que acude al primer silbido.
Ante tan basta barbarie
surgió el atronador grito,
de la boca sin palabras
que se dibujan los mimos,
con las pinturas de guerra;
guerra que no admite el ruido,
dentro de aquel pedestal
que fue placer y castigo.
El corazón es una isla
gobernada por Calipso,
que a base de triquiñuelas
condenaba al cruel olvido.
Pero la isla despertaba,
!el corazón está vivo!
Y derrotaba a deriva
con borbotones de ritmo,
en donde hacen el amor
dos cuerpos en uno mismo:
¿Tal vez Romeo y Julieta?
¿Tal vez Melibea y Calisto¿
¿E l amor sólo es normal
o pudiese ser divino?
No lo sé, quizás lo sepan
María Magdalena y Cristo;

porque el amor no es pecado
aunque se empeñen obispos
y Papas, padres de nadie,
porque nosotros los hijos,
no sabemos de los padres
que sólo saben de egoísmo.

EL NEGRO DE LA MORA

A la sombra de las alas,
bajo los buitres que bordan
con curvos picos tapices
de lombrices y carroña,
con los tejidos envueltos
en el negro de la mora,
dando última bocanada
a la penúltima boca,
que cosida se retuerce
como las culebras mozas.
Que engañados nos tenía
el brillo de faz de conchas:
dentro sólo mora ruina
rondando a su perla rota,
por los envites de mares
que castigan con sus olas,
a los que mal aparentan
ser más que trastos o cosas.
Se desquitaba la luna
revolcándose en alforjas:
humilde harapo de burros
que son y no lo pregonan;
como las bellas criaturas
que sin el saberlo asombran
por su paciencia, su aguante;
por su luna, por su alforja.
Derechos: tras el derribo
no cedió ninguna loncha
a la gravedad que rasga,
a la gravedad que corta,
multiplicando zancadas
y multiplicando arrobos.

Y las reses beben soles
mientras sus patas se entoñan,
en el reflejo de charcas
cansadas de estar tan solas,
en aquel cóncavo infierno
sonde sólo puebla roña:
el infierno somos todos;
el diablo cada persona.
Aunque nos pese - que pesa-,
vivimos estando en coma
y cuando al fin despertamos
es hora de pala y losa.
Sí, la evolución inversa
viste tela; calza botas.

EL PERFUME

Manantiales de amoniaco
sudaban entre las grietas
de los hormigones rancios:
cemento, piedra y arena.
El hedor irrefrenable
del mover de la melena,
de horribles y viejas damas
que decían ser princesas,
tunelaba pituitarias
con su cochambre encubierta,
detrás de un perfume caro
hecho con basura y mierda;
césped que pudre apilado,
trocitos de carne muerta
y con el lamido de
leprosos en cuarentena.
¿Cómo queréis que tiremos
si tenéis toda la cuerda?
En sus bailares se pierde
aquel ritmo que adecenta,
la estampida inconfundible
de las cojas dando guerra,
para parecer veloces
con su falsa escandalera.
Viviendo roca con roca
de los nidos de culebras;
siempre faltaba la sal,
el perejil o la leña,
para ir a pedir consejo
a las vecinas que reptan;
a las charlatana bífidas
que sólo hablan lo que sueñan.

Y su ruina fue su vida
y el vivirla su condena:
creyendo ser alta torre,
en los fosos se atormenta,
con su pedigrí nublado
por esa humarasca eterna,
que espantaba a los humildes;
que a los humildes no ciega.

EL REY

Quién te dijo rey sin miedo
que no llegaría nunca,
el día en que tus lacayos
aborrecerán tú lucha
de tirar flechas al sol
y lanzas hacia la luna,
para que el día y la noche
sobre tu reino sucumban,
ungidos en la desdicha
que se hizo llamar astuta.
Pero era tan ignorante
como la pesada pluma,
que intenta surcar los cielos
con su agilidad tan nula.
Resonará en sus cabezas
los quejidos de la hambruna,
que esparció por los sembrados
de las barrigas con dudas,
que se encogen como el puño
ensortijado de pulgas,
que recogen sobre el mimbre
la ceguera de la bruma,
que convierte los caminos
en plato de clavo y punta
donde desangrar las bocas
que con su lengua se añusga.
Quien te dijo rey cobarde
que a salvo estaba tu nuca:
mira atrás, ahora tu pueblo
tu pescuezo se disputa;
cansados de tanto poco
que ya no se disimula

y después de cien inviernos
ha salido de su gruta,
con un aspecto feroz;
tan decrepito que asusta.
Tranquilo tú, rey traidor,
te daremos sepultura,
con una pala del oro
de la beta más palurda;
la que forjó las espadas
y forjó las armaduras,
de las gentes que murieron
a causa de las absurdas
doctrinas de tú gran reino
erguido sobre basura.
Mendigos y campesinos
desenvainan de su funda,
los puñales y las dagas
que servirán como cura:
cura a tu triste camino;
para tu altivez caduca.

EL ROMANCE MÁS BONITO

Me pidieron que escribiese
el romance más bonito
los editores celestes;
esos que no se dan vistos.
Pero saben que no puedo
por que todo lo que escribo,
es negro como la tinta
que en el tintero hace nido;
es negro como el percance
que hace palanca en mi sino;
como las canciones negras
que cantas oscuros grillos.
Ya quisiera yo escribir
la poesía de los trinos,
pero siempre que lo intento,
cuando trino desafino
y sale de mi boca algo
que se parece al graznido.
Ya quisiera yo escribir
de las chicas y los chicos,
que crecen y se enamoran
y juntos fecundan niños,
y después en la vejez
comparten el mismo nicho
de todo lo que se amaban;
todo lo que se han querido.
Pero sabéis que no puedo;
que aunque intente ser divino,
mi corazón se alimenta
del fuego de los abismos.
Que mi boca sabe a azufre,
que nunca nos conocimos,

que llevo al cuello la cruz;
la cruz que ni Cristo quiso.
Que resucito carroña
con las rimas que no rimo.
Ya quisiera yo escribir
sobre el soldado abatido,
que se levanta sin más
por que no matan los tiros;
que sin más se reincorporan
ante rifles sin gatillo,
ante banderas sin nombre,
ante mangos sin su filo.
Lo siento, pero no puedo;
es por que nunca he mentido,
por lo que escribo de sangre,
de la garra y del mordisco;
por lo que hacia atrás deambulo
revolviéndome ante el mimo:
los palos me vuelven rancio
y las caricias arisco.
Ya quisiera yo escribir
sobre el hambre que es un timo;
que es un bulo que no existe,
que es un bulo sin sentido,
que se convirtió en verdad
de tanto ser repetido.
Ya quisiera yo escribir
del peluche del erizo,
de que al final todo cura,
que el mal agüero es esquivo,
del pisotón sin querer,
del no apagarse del brillo.
Pero sabéis que no puedo
escribir a este mal ritmo
nada, y muchísimo menos
el romance más bonito.

Con lo que hay conformaros
si os gusta no me lo explico;
pero lo que hay es sincero
y sincero es lo exquisito.

EL TÍTERE

El bocado del faldón
del títere resabiado,
hizo bajar de las nubes
a la tendenciosa mano,
que se creyó tan divina,
manejando con apaño:
pero sólo era el muñón
que se quedó rezagado.
En las alfombras del sol
hechas con pieles de sapo,
hay dos huellas prisioneras
de la ausencia de los charcos,
que en las tardes más oscuras
de lo cóncavo brotaron.
La talla de las cadenas
no valen ya a los esclavos;
se han ya quedado pequeñas
con el pasar de los años.
Pero el herrero no duerme
porque es el primer atado,
cerca del yunque y la lumbre,
de las tenazas y el mango;
del rojo que se encabrona,
del agua que calma enfados.
Sangre bajo los teatrillos
de títeres sublevados:
muñecas como mangueras
regando de rojo, prados,
donde trisca la inmundicia
con los dientes hechos cachos,
de tanto mascar todo,
de tanto mascar los cantos,

donde moran alacranes
que conviven con lagartos:
es mejor el enemigo
que vivir solo y con asco.
Y en el cielo las antorchas
se apagarán ipsofacto:
es lo bueno de los vientos;
que gustan del volar alto.

ESTOS TIEMPOS

Las pilas llenas de sangre,
-donde se santiguan diablos-
desmoronaban su piedra
dejando salir el charco
tan rojo como viscoso;
como el clavel triturado,
por los dientes amarillos
de los rumiantes ancianos,
que cojeaban con esmero
mientras se cosen el rabo,
que la alambrada arrancó
con su espino mal trenzado.
Mientras, las crines se rifan
los pescuezos de caballos:
a los que pierden: los negros.
A los que ganan: los blancos.
Sobre una inmensa llanura
la vinagrera hecha cachos,
hace crecer los zarzales
con el agrio de sus tragos:
los del comezón errante,
los del aliento azufrado,
que tumban las cordilleras
con la tos de un mal catarro,
que un día el hielo enviscó
cuando probó de su mano.
Dime reguero de hiel
si fueron miles o cuantos,
los que tú amargor bebieron,
tan, tan desafortunados,
que se cortaron la lengua
al no poder soportarlo.

Aquel sabor nauseabundo
tan potable como sano,
que almacenas en tu curso;
que muere en los pechos hartos
de los jilgueros oscuros;
de los jilgueros sin canto.
Un planeta rueda y rueda
a cada lado del carro,
tirado por dos estrellas
tiznadas como el churrasco,
que van camino de alguna
senda andada con retraso,
por la que los necios baches
agitan en cada paso,
haciendo gemir la carga
que se amontona en los sacos:
cordones umbilicales
rodeando bebés ahorcados,
sin ni siquiera nacer
sobre las matas de cardo,
en donde sentir dolor
es privilegio del llanto,
porque quién llora está vivo
y el estar vivo ya es algo,
en estos tiempos que corren;
en estos tiempos tan raros.

EXTRAÑO CONDADO

Tanto buscar una puerta
y estaba todo tapiado,
en las edificaciones
de este país tan extraño:
Se se extiende de proa a popa;
se alza de un lado a otro lado;
de la punta de mentiras
al final de los engaños.
Se extraviaron los bebés
en este viejo condado;
debe ser porque ser joven
en este lugar es malo,
y condenan a vivir
a los niños como esclavos:
con calvas en sus cabezas,
con artrosis en sus manos,
para que no olviden nunca
el sostenerse de un palo.
cruel territorio de necios;
sólo cantinas y estancos,
elevan tus calles secas
llenas de humo y de borrachos,
que desmiembran las farolas
a base de gordos cantos:
los días son insufribles;
las noches también un asco.
Y por más que se ande y ande
todo parece cadalso,
en este lado del mapa
que no está ni dibujado;
unos dicen que por miedo,
los otros, que se olvidaron;

tal vez se acabó la tinta
por ser tan negro y tan basto.
Duermen fuera los zarzales
como monarcas reinando,
para que nadie se fuese
de la frontera sin daños.
Escribiendo con sus púas
dos versos en araño:
"Sí, tú te fuiste de aquí,
pero dejaste algún cacho".
Ni el viento se atreve a entrar;
por aquí todo es remanso,
por que cada vez que entró
se marchó contaminado:
como una tóxica nube,
como un grisáceo rebaño,
que pasta de boca en boca
con su balar del catarro;
que relincha siempre enfermo,
que relincha mal curado.
Sus casas son de cal viva;
vertederos sus sembrados.
Sus arroyos son de brea
y sus fuentes de amoniaco.
Su entorno es fosa común,
sus aceras son de barro;
del puro bache sus calles
por las que hasta pinchan carros,
la madera de sus ruedas
tan dura como los años,
en esta ciudad atroz
donde balbucean ancianos,
leyéndose el catecismo
de los dioses desterrados,
con las páginas rasgadas
por las garras del milano,
que porta fuego en sus plumas,
pero que nunca ha quemado.

FANTASMAS

Cuando nos llegue el momento
apriétame bien la mano,
y repara la armadura
que vamos perdiendo a cachos,
en lo que dura el descenso
que iniciamos con el salto,
por este despeñadero
que nos supuso el amarnos.
En cada aniversario otro
haz de ortigas hechas ramo,
para que a mano corita
el escozor compartamos.
Mientras ,dentro, el corazón
se ha solidificado:
el mío de pura piedra;
el suyo del duro canto,
donde debajo moraban
alacranes y lagartos.
Parece no existir cielo
cuando se anda cabizbajo,
contando las hojas muertas,
y las piedras y los palos
que alfombraban los caminos
que menos conviene andarlos;
que nos llevan al lugar
que no habíamos buscado,
donde rompen los espejos
arrojando sal ,los gatos
negros, que bajo escaleras
al trece andan invocando,
con los quebrados maullidos
y los pelos erizados,

de un lomo que se retuerce
mientras esquivo los palos.
Con las tiras de mi piel,
como sastre, hice un tabardo,
para recubrir sus hombros
desnudos ante lo helado.
Y sus lágrimas brotaban
mientras se iban congelando,
clavándose en sus ojillos
que sangraban entre el llanto,
que despertó en los abismos
al demonio que llevamos
una tarde despejada
a los mares más lejanos,
y le dormitamos para
que no pudiera encontrarnos;
pero ahora ya era tarde
y ya sabe donde estamos:
podrá oler nuestro pudrir
sin el tener buen olfato,
por que este olor nauseabundo
se expande a lo ancho y a lo alto,
embriagando pituitarias
que a gangrena condenamos.
¿Recordará ella el color
tan límpido de aquel lago,
en donde nos conocimos
con la desnudez del baño?
Quizá quitase el tapón
para olvidar el pasado,
y sólo quede humedad
alimentando algún barro,
que azuleja el socavón
donde antaño nos bañamos.
El color aún recuerdo
y no he podido olvidarlo;
quizá ni lo intente nunca

porque era un color muy claro,
y los colores bonitos
nos conviene el recordarlos,
cuando pobleemos la hiel,
cuando vistamos harapos,
en las nupcias de las hadas
con los asquerosos sapos,
que se escurren en atriles
como los jabones blancos,
que se comieron los cerdos
para limpiar sus pecados.
Mientras yo vivo muriendo,
su estampa murió matando;
quemada en la chimenea
mientras cargaba yo el daño.
Hoy no ruedan las cabezas:
sólo por que ya han rodado.

FINITO

Finito, han dicho los pies,
que soportando jaqueca
se pararon; se han parado
por que duele andar la senda,
sobre los densos espinos,
sobre las escobas secas.
No anidaban los recuerdos
en las seseras repletas,
de los datos más insulsos
que abnegaban la mollera
con los triángulos isósceles,
bisectrices y apotemas.
Cuando laringes quebradas
echen de menos sus cuerdas
y añoren cualquier sonido;
los cañones serán fiesta,
con su ploma bocanada
que crece mientras se acerca,
consiguiendo de los fetos
de astilleros, sólo leña.
Al son de un abracadabra
reaparecen las estrellas,
que los días nos ocultan
tras de su brillante estela:
¿pero de que vale nada
si sufrimos de ceguera?
Que somos el peso errante
que pasa y ni deja huella.

FUEGO DE INVIERNO

La limpia flor del naranjo
nuestro corazón depura,
para que tras las esquinas
al negro no nos sucumba;
que se oculta agazapado
irradiando su gran culpa,
por tentar a los rebaños
ofreciendo de su fruta
de exterior irrefutable,
con el dulzor del azúcar,
pero un interior podrido:
que su veneno nos nutra.
De tan sólo una pedrada
se hizo cachitos la luna;
y es que cuando el odio es fuerte
de nada vale su altura:
que no hay nada que la salve
de la ira que se acumula,
en las manos de los pajes
de los reyes que se tumban,
a ver la luna en cachitos
convertidos en basura.
Nunca llegaron a mil
sumando sólo una y una,
con los muñones causados
por la metralla más dura,
escupida por los caños
que sin quererlo secundan,
el escupir de los rifles
que no gustan de las fundas.
Que dejen caer gaviotas
el blancor de alguna pluma,
para que nos purifique.

LA COLECTA

Tras pretéritos rituales
recogieron la colecta:
una virgen degollada,
migas y algunas monedas,
con las que poder pagar
aquella conciencia horrenda,
que trajinaba a sus anchas
apoderando cabezas,
sostenidas por el mástil
que portaba tres banderas:
la desidia, la avaricia
y la maltrecha pereza.
Las carnes están reñidas
por la culpa de una brecha,
que supura algún ungüento
que las papilas detestan;
con su sabor azufrado
que junto a la arcada llega,
repiqueteando la aldaba
después de tirar la puerta.
En la tapia del corral
hay dos clavos y una esquela
con un nombre inteligible;
con una cruz descompuesta
que rezumaba la tinta
entre sus rajadas vetas,
escribiendo mientras corre
los párrafos que se sueñan,
mientras el estertor lame
sólo de vidas ajenas.
Bien tropezaban gateando
los párvulos que se obcecan,

en renegar de haber sido
moradores de placenta.
No queráis crecer aprisa
que la vejez sola llega,
y volver a ser pequeño
será sólo la quimera,
que perturbe nuestros sueños
cada noche; en cada siesta.

LA PALABRA QUEBRADA

Trovador que parla y parla,
echa tu boca al desguace,
por que sabes lo que dices
y no dices lo que sabes.
Alborotando las masas:
son siempre los más cobardes;
los que solos no son nada
más que la morralla infame,
dictadores del destierro
para los más discrepantes;
los que tienen la verdad,
mientras pistolas y sables,
apuntan a su cabeza
esperando a que profane,
la saliva de los necios
que no están en sus cabales.
Y dado lo insustancial
de tus vocablos verbales,
es mejor que calles tú
para que los perros ladren.
Charlatán que sólo hablas
de la ausencia de verdades,
consigue el hilo y la aguja
para zurcir los retales,
que de rozar y rozar
tan temprano desgastaste,
mostrando la desnudez:
desnudez de negras carnes,
que al mismo tiempo que viven,
se pudren a iguales partes.
No quiere bajo la luz
tú propia sombra aguantarte,

y va a lavar su negrura
a la panza de los baldes.
Y se tiende sobre cuerdas
que ajusticiaron gznates
que no asintieron contigo,
el más mortal de mortales.
Tú figura en las estatuas,
tú nombre impreso en las calles
donde corrieron regueros
de algo parecido a sangre,
donde cebaba las tripas
el alimento del hambre;
donde las pulgas y piojos
preparaban el cadáver,
para un fallecer indigno
que nunca llegaba tarde.
Poeta del apocalipsis;
acuden todos los males,
al levar de tu boquita
que rasga sin inmutarse,
mientras maleduca al caos,
que es ya de por sí indomable;
aflojándole la brida
para que sin más, se lance,
asediando los sembrados
con sus cascos deleznales,
mientras arrojaba fuego
para que nada se salve.
El peso de tus complejos
sobre los demás cargaste,
repartiendo de tus miedos
a todos tus semejantes.
Hoy los libros te recuerdan
como el Dios de los pesares;
hoy te recuerdan las gentes
como su mayor descarte.
Tú no lo sabes bastardo;

que sobre tú térreo catre
- que creyéndote divino
como todos ocupaste-
nunca creció ni una flor,
ni asistieron animales:
estás sólo como siempre;
igual que estuviste antes.

LA PAZ DESPOBLADA

Bajo rasgada armadura,
desprende calor un cuerpo
aprovechando el instante,
sabiéndose pronto muerto,
después de una guerra cruda
que no cocinan pucheros;
de una guerra que no duerme
para no tentar los sueños.
Sobre grupas de corceles
vienen armados inviernos,
cabalgando con la furia
del no saberse los dueños
de toda, toda la vida
para helarla entre su pecho,
con su corazón brillante;
con su corazón de hielo.
Corren bajo sus monturas
hienas de apetito fiero,
esperando a eviscerar
lo que sostiene al pellejo.
Nunca comenzar debió
aquel lunes tan sangriento:
de haberlo sabido, domingo,
debía haber sido eterno.
Corren ríos de plaquetas
por los cauces del desierto,
en donde la única vida
la formaban cuatro puercos,
armados hasta los dientes
con sus cartuchos de cieno;
en la muerte ,doctorados,
que formaba parte de ellos,

desde el centro de su núcleo
al arrabal de sus fueros.
Fueron sembrados de entrañas,
campos, ya de por sí yermos,
donde no creció, no crece,
ni crecerá nada bueno.
Para servir en los platos
de oro de grandes eventos,
llevaron ollas de odio:
quedaron los platos llenos.
Mientras la guerra no acabe,
intentad estar bien lejos,
porque la guerra es la sogá
que necesita más cuellos.
Y la tierra sólo es celda
que gusta de prisioneros.

LEJOS

Bien lejos del exterminio;
hacia allí van nuestros pasos:
lejos del apocalipsis
al que estuvimos rezando,
con nuestro vivir errante,
sin de nadie preocuparnos;
sólo de nosotros mismos
que valimos dos centavos,
pero costamos un mundo
apenas haber llegado.
Hacia lo poco que queda
avanzaremos descalzos,
desnuditos, con las brechas
de un nuevo big-ban brotando,
de entre el medio de las calles
que se rompen en dos cachos,
dejando brotar la lava
que poco a poco labramos
en nuestra terrible huerta
que regamos con asfalto,
de unos pozos que no secan;
es más, no daban abasto,
por que el sol no los consume;
sólo los pone más blandos.
Ni las brújulas señalan:
giran con el arrebato
que da no encontrar el norte;
que ni es polo ni está helado;
sólo es el etéreo cuerpo
que navega siendo charco,
entre agua, que es lo que sobra
para tan poco pescado.

Iremos donde nos dejen;
iremos donde podamos;
si es que entre tanta hecatombe
aún quedase algún lado
en donde aún no morir;
donde poder refugiarnos,
esta manada marchita
de los pocos que quedamos.
Dios no debe estar muy cuerdo
para a un puñado dejarnos,
sobre la mismita tierra
que conscientes arrasamos.
Quizá es que para nosotros
nos tuviera reservado,
un paraíso escondido
bien lejos de nuestras manos,
en donde morir en paz
junto a la vez que miramos,
la nula y aberrante obra
de este lienzo poco plano.
Tal vez nos espere gloria,
o tal vez sólo seamos,
la única carne que quede
para servir de reclamo,
al señor de lo profundo;
al monarca de barrancos,
que sin querer o queriendo
pleitesía le profesamos,
estos cuerpitos sin alma
que avanzamos sólo a ratos,
presos de la pesadumbre
que en las maletas portamos.
Lejos de la desazón
sin nada por lo que guiarnos:
a buscar la mejor vida
¿o la peor muerte buscando?

MALOS DÍAS

Los días sin escribir
empapan toda la leña.
Se asemejan al retiro
sin casi ni darse cuenta,
del anciano moribundo
a dónde las comadreas;
a las suelas del castillo
donde las torres no llegan.
Y nunca me reconozco:
soy un extraño a mi vera;
por mucho que más me miro
la última mirada espera.
Me veo como a la sombra
que quiso ser menos negra,
que derramaba el esbirro
por las baldas de despensas;
por el tuerto sumidero
que no quiso dar más guerra,
y respetaba el castigo
que el atasco le impusiera:
para lo único que vale;
único que de él se espera.
A la vuelta del espino,
he visto la calavera
que sostenía mi rostro,
sosteniendo pura mierda
que desprenden los caminos;
no de pezuñas ni piernas:
la culpa es de tanto asfalto,
la culpa es de tanta rueda.
Alejadas de la pluma
las palabras no recuerdan:

la demencia de la tinta,
el alzheimer de las letras,
que envuelve en sumo vacío
desde dentro para fuera;
lo que antes era un tintero,
es un cacharro que pesa.
Hubo días que las ganas
no entraban ni por las puertas:
hoy mermadas, diminutas
las sobra media gatera.
La depresión se afianzaba;
maldito armazón de pena.
Sin plumas y sin pinceles
mi peso no deja huellas.
No miraba atrás el cuervo
migrando con las cigüeñas,
bien lejos de los inviernos;
hacia las cálidas tierras,
donde no encarar al aire
que arrecia mientras congela;
donde no empollar los nidos
donde nacen crías muertas:
el frío paró sus vidas,
la escarcha paró sus muecas;
espantoso fotograma
el del párvulo y la vieja.
Cuando pierda la desidia,
cuando encuentre la certeza,
domesticaré a la prosa
como hacen los buenos poetas.
Volviendo a abrirse los claros
sobre cerradas cabezas,
volveré a saber quien soy;
que sé que no soy tormenta,
que si yo no la detengo
nadie habrá que la detenga.

NOCHES

Entre las mantas de erizo
me guarezco de las noches,
que me tiran de su grupa
y me rematan a coces.
Noches herradas de negro
que en ellas mismas se esconden;
no sé a vosotros compadres,
pero a mi bien me conocen
y a mi pesar, en abrazo,
quebrado y roto me cogen,
y voy aguantando aún
sin que del todo destrocen.
Entre sábanas de estiércol
sujeto bien el mandoble,
tan desgastado y ajado
que más que cortar ya rompe.
Y bajo el yelmo grisáceo,
el aliento se compone,
después de la pesadilla
que busca que alguien la sobe,
guardando su horrible forma
detrás de sucios rincones,
en donde el dragón orina,
y las bucaneras flores,
hacen reír los pescuezos
con la sonrisa del corte.
Donde paseamos desnudos
con un maletín enorme,
que nos tapa casi todo:
menos lo que te supones.
Donde los barrancos tragan
y los molares se rompen;

donde no nos sale el grito
mientras el monstruo nos corre.
Los párpados nunca cierro
para no encontrar la noche,
porque en cada parpadeo
hay un cachito que come,
y entre lámparas y velas
hago surgir las naciones
donde me siento seguro,
en el lugar donde no oyen,
las sombras, lo que susurro,
mientras por fuera recorren
la inmensidad del abismo,
antes de que se amontone
dentro de mi pecho sin
bisagras ni picaporte;
de donde no saldrá nunca;
por lo menos por las noches:
noches de las que me guardo
tiritando en los colchones.

NO QUEREMOS SER POETAS

Dicen que olía a penumbra
la bocaza de los poetas;
que su lengua descompone
entre sus dientes y muelas,
que forman el vertedero
que quiso ser prado y hierba;
que quiso hacer el milagro
con cuatro palabras sueltas.
Poeta de los mamarrachos,
entre la bilis y flemas,
promulgabas libertad
mientras incitas condena,
publicitando el amor;
el de afamada ceguera,
que acaba siendo el detrito:
el que nadie quiere cerca.
A la luz de algunos cirios
que sollozaban su cera,
desvirgarás a tu "amada"
con un pene y algún poema,
que sólo diga sandeces
para que ella abra sus piernas,
pensando que no mentían
las palabras embusteras.
¿Sólo hablas de lo bonito?
Tu mundo es la triquiñuela;
tu boca tan sólo un cepo
que atrapa a las gentes buenas.
Dime domador de plagas;
di que harás si alguien te reta:

la valentía se finge;
la cobardía de muestra.
Más temprano que más tarde
siempre lo oculto se enseña.
La labia de los farsantes
será el felpudo de puertas,
donde limpiará sus pies
la que llamaste princesa,
y convertiste en cadáver
sepultado de vergüenza,
con modales de secano,
con el restriego de fieras.
Ahora no tienes nada,
sólo palabras revueltas
a pie de un acantilado
por donde caen y revientan.
Los demás avergonzados
no queremos ser poetas.

PALABROTAS

Cercenan la campanilla
,al pasar, las palabrotas,
con sus cortantes pezuñas
que nunca trotaban solas,
porque se saben cobardes;
con complejo de derrota,
pero mueren mientras nacen
apenas salir de bocas:
no sin el antes herir
con el bufar de su cola,
que agitan de lado a lado
esparciendo su ponzoña.
Del fruto del lacrimal
se empacharon las fregonas;
parientes de regadío
de las temibles escobas,
que arrasaban a su paso
con las migajas que sobran,
que tanta falta a otros hacen:
se las lleva, las asola,
en pos de los vertederos
que saben que las coronas,
sólo son un peso muerto
para cabezas traidoras.
Tú, si tú, vamos contesta,
engendro de boca floja:
Di ¿como es vivir así,
con la rabia como escolta,
Retrocediendo un camino
sin animales ni flora,
que se asemeja al desierto
que acampaba en tu persona,

secando una piel marchita
que ni sumerge ni flota;
que nunca pudo dormir,
pero siempre ronca y ronca?
Con un quejido constante,
con un lamento que brota,
te arruinarás en tu timba
al ritmo de una zanfona;
con su siniestro murmullo,
que más que arrullar, arrolla,
desde el alto del sombrero
a la punta de las botas.
Tienes lo que te mereces:
el ocaso de una aurora,
el bostezo de un ataúd
siervo de tierra tragona,
que a sus hombros llevará
los restos de tu carroña.

PLUMAS DE SECANO

En la cúspide del cerro
donde descansa la ermita,
el águila testamenta,
después de ser abatida,
por el temporal siniestro
que provocó la mentira,
queriendo hacer gran trigal
de tan sólo un par de migas.
Y sangrando, desplumada,
su pico mira hacia arriba,
a un cielo que fue su patria;
sin muros, hoyos ni cimas.
A un cielo que fue su hogar;
catalejo de barriga
¿como huele tierra seca?
Huele a carne muerta y fría.
Que no se postren las tardes
a un suelo hartado de la espina,
mientras el sol se acurruca,
en otro hemisferio se iza,
purgándose amaneceres,
guardando ordenada fila,
mientras la noche se afloja,
mientras las sombras se humillan.
!Oh águila moribunda!
Tus garras son uñas finas,
que tratan sin conseguirlo
coger un cacho de vida,
mientras los ojos se cierran
y el aliento se retira.

"PUEBLASTRO"

Naciste de cóncavo útero,
de montañas rodeado,
y pació de tu placenta
el cadáver del rebaño,
que agonizó entre los brotes
cuya espiga es el fracaso
que se rinde en las esquinas:
la mirada siempre abajo,
para no mirar de frente
el fusil de los soldados.
Como gran pueblo reinaste
haciendo sombra a los altos,
con quehaceres guerreros
tan ágiles como el galgo,
pero te quedaste a medias,
como abrazado al letargo.
Cubriste finas arterias
con el grosor del asfalto,
y sucumbió toda flora
ante el poder del infarto.
No te preocupes mi pueblo,
porque Guardo, yo te guardo,
un trocito aquí en mi pecho
para que puedas mancharlo,
con el negro de las minas
que los montes desvirgaron,
entre toses de barrenas
y los picos del humano.
Cuentan que en sus galerías
murió el canario cantando,
a última de sus plegarias

disfrazada de fandango.
El quebrar de silicosis
y reuma poblando manos,
contaba a nuestros abuelos
lo que es ganarse el bocado,
con el acostarse tarde
y el levantarse temprano,
en un mundo en que la noche
viste su traje de largo.
Donde albergaste riqueza
mora hoy el escarabajo,
repartiendo de su negro
en cada uno de sus pasos:
desde rozas a tejeras,
desde vegas a los altos,
donde se duermen los pinos
con nana de vino y baso.
Tu, siempre serás mi pueblo;
mejor dicho, mi "pueblastro",
porque yo nunca renuncio;
no renuncio a lo que amo.

RATAS

Se despeñan sin remedio
por las barras de cantinas,
las lágrimas de las ratas
abnegadas por su estigma;
por su fama de esconderse
más allá de las esquinas,
por donde escobas resacas
mostraban su artillería.
Entre las cajas del suelo
transcurre a gachas la vida,
de las colas que son largas
como en junio son los días.
Y mascando la derrota
en sus oscuras guaridas,
rezaban por sus parientes
que rondan alcantarillas,
en donde el hedor presume
de su nacer en axilas,
y en los poros harapientos
que dejaban su semilla,
enturbiando aquellos aires
que los hocicos respiran.
No rechaces los mordiscos
que se clavan como esquirlas:
en su patio está cayendo
la basura que tú tiras.
Aguantando la morralla,
aguantando las pamplinas,
que corren como regueros
a lo largo de las millas,
que desembocan en moscas
que sobre mierda aterrizan,

para darse el gran banquete
que saciará sus barrigas.
Ellas jamás lo quisieron,
pero fueron elegidas,
para portar las diez plagas
sobre su banal saliva.
Y por medio del bocado
encontraron la salida,
para darle rienda suelta
a su cochambre castiza,
que bebe de los regueros
donde se afloja la brida,
para que abreen caballos
y mueran mientras relinchan,
once versos de un soneto
lleno de clavos y espinas.
Las ratas nunca bailaban,
si no que comen tarimas,
conde bailaba la suerte
con la cojera encendida.
Ellas no escogieron raza,
pero supieron vivirla
con la dignidad en calma;
sin el caos de la estampida.
Aprende tú de las ratas.

REMEDIOS

Sobre los filos mellados
trotan las traviesas liebres,
lejos de las madrigueras;
lejos de un negro que cierne,
su capa sobre los cráneos
de imaginación perenne.
Sólo gustan de las tropas
que sin entenderlo aprenden:
los ecos, los que repiten,
los dóciles como muelles,
serán pajes de su corte
y serán los que respeten,
su pregón embadurnado
de sonrisas poco alegres,
que por detrás invocaban
el pisotón al esqueje.
La desidia se aproxima
enroscando en el carrete,
las pocas ganas que quedan
sostenidas por el eje,
tan bizco, cojo y quebrado
que apenas si se sostiene,
entre dos ruedas derruidas
por suelos que no las quieren.
Nos talaron el manzano
para que jamás ya trepe,
hacia el dulzor de su copa
la boca de la serpiente.
viendo el abrupto remedio,
que Dios nos reparta suerte:
que sí, cabeza tenemos;
pero no hay agua en la fuente.

Con almas de gomaespuma
y con la oración más breve,
subiremos a unos cielos
hechos de chatarra y fiebre,
donde la suma y la resta
entre sus signos nos trencen,
y nos conviertan en cero
que ni padece ni siente.

SEIS CRÍAS

Seis crías ,sólo una ubre.
De hermanos no entiende el hambre,
y hasta a la teta llegar
alguno mamará sangre.
Es cuando llega el demonio
mal entonando una salve,
para hipnotizar al débil
con su nana de masacre.
Venid, venid, arrimaros
a la orilla de este estanque,
lleno de pirañas y orcas
y vuestro pan duro dales.
Desde un atril de oro fino,
con la mentira y talante,
recitarán algún tomo
los burgueses más comanches,
con un tono convencido
-suele ser el más cobarde-
nos inculcan que los palos
no duelen; que son amables.
Tomad, llevaros los cofres
con oro de nuestros padres:
comerciaremos con el
polen y con los estambres,
o con las gotas de nubes
que aunque pequeñas ya saben,
que pueden calmar la sed;
que es el peor de los males.
Nunca faltarán los sabios
si no faltan ignorantes:
es lo bueno de este sueño;
es lo malo de las clases.

Que si no hay nadie que tapa,
nunca habrá nadie que tape,
este enorme sumidero
que se lleva nuestros cables;
llevando toda la luz;
dejándonos el calambre.

SIN RESPUESTAS

Escuadras y cartabones
no saben torcer las curvas;
siempre fueron tan severas
que no flexionaron nunca,
y cuando se las forzó,
partieron sin la dulzura
que otorgaba el ser feliz;
que quitaba el ser tan duras.
No basta para volar
con recubrirse de plumas:
pregúntale a la gallina;
la que aguantaba las burlas,
de las otras aves que
ascienden hacia la luna.
Pero la gallina dice
que le da igual que la escupan,
desde lo alto, los demás,
porque se conforma astuta,
sabiendo que el perdigón
con ella no hará diabluras.
Viendo su reflejo grande
-les pasa como a las lupas-
las gentes que se creen ser
pero que son diminutas,
como los piojos que habitan
en las cabezas de pulgas;
como el átomo del átomo
que no se descubrió nunca.
Es lo bueno del poder,
que nunca tienen la culpa,
mientras existan más gentes
que asientan ante batuta,

aunque quisiesen redondas
y les toquen sólo fusas.
Sois aún peor que perros:
sois unos hijos de puta;
y los perros me perdonan,
y las putas me disculpan,
por que son comparaciones
para definir gentuza,
que comen sus propios hijos
el gran día de la hambruna,
y subastan a sus padres;
lo llamaremos usura.
El sol es un proxeneta;
su jinetera la luna.
Los látigos tienen hambre,
las costillas tienen dudas.
Respetad los sacramentos
desde el Papa hasta los curas,
que vuestro jefe ve todo
y el finiquito ya os suda,
goteando desde la frente
hasta un suelo que deambula,
buscando carne que quiera
cargar con su envergadura.
Entre cabras y rebecos,
la ola no tornó en espuma:
¿Porqué siempre a los más altos
les dan miedo las alturas?
¿Porque los que buscan paz
la consiguen con la lucha?
¿Y por que sin dar respuestas
algunos sólo preguntan?

SOMBRAS

Después de tanto aguantar,
amainaban los soplidos,
que entre el odio y la vergüenza
se gestaban en carrillos
ya tan rojos como el fuego
que se ejecuta con ritmo,
avivado por la sangre
que brota del enemigo.
Piensan en como escapar
las cabezas sin bautismo,
del esperar tan eterno
en la salita del limbo.
Mientras, las cuerdas bocales
estrangulaban un grito,
con la fuerza de Natura;
con el cobarde destino,
que deambulaba borracho
entre los tumbos y el brinco.
Los duendes, hadas y faunos
iban cerrando el corrillo,
poco a poco, como gustan,
sin dejar entrar al frío,
tan remolón y constante,
siempre apretando el gatillo,
que supura la pus negra
que azuleja los caminos,
donde resbalan las botas
embelesadas del brillo,
que la escoria segregaba
entre sus poros sumisos.
Al noroeste, de repente,
tras del eclipse del guiño,

revientan a pares ojos
sin hacer apenas ruido.
Y las sombras se apoderan
de todo con gran instinto:
letales depredadoras
que se tragan todo vivo.

SUELO

Junto al ras del rodapié
se peinaba a grieta el suelo,
tan harto se soportar
la vanidad de los pesos:
los cristales relucientes,
la arena que amó al cemento,
el ladrillo mal hablado
y la estupidez del hierro.
“¿Sabéis moles indomables
-dice enfurecido el suelo-
que será lo que encontréis
más abajo de mi lecho?
Sólo encontraréis la brecha;
el vestíbulo del fuego,
que ante tan burdo manjar
se saliva en el infierno.
Y allí hay sitio para todos:
sois muchos, pero pequeños".
Cuando la tierra nos tiemble,
el mar abra los remos,
las montañas se derrumben
y el cielo abra en agujero:
aquel momento; será
entonces cuando sabremos,
que sobran muchas bocas
para tan poco alimento;
o tanto, mal repartido,
como le ocurrió al dinero,
que será sólo el papel
donde escribir a los muertos;
para escribir un ¿porqué?
Para escribir un lo siento.

Desnudos, como vinimos,
entre escombros nos iremos,
entre el consejo del loco
y la estupidez del cuerdo.
El loco tuvo razón
cuando comentó sereno,
que el adobe duraría
lo que durasen los tiempos.
El cuerdo nos condenó
-con su rabo, con sus cuernos,
con sus pezuñas de cabra,
con su saber más por viejo-
a morir en la abundancia
de haber sido siempre yermos,
con la raza equivocada
que distingue el blanco y negro.
Despierta la pesadilla
justo cuando acaba el sueño:
las mantas serás serpientes;
la almohada será el cencerro,
que convirtiéndose en bronce
abrazará nuestro cuello,
para anunciar alto el paso
y avisar cuando lleguemos,
a través de aquella grieta
con la que nos habló el suelo.

TIERRA SOSA

Zozobrando en el orujo
que se encabrita en las copas,
comprendimos que la noche
no era tal como se afronta;
con el lamer del gatillo
que seduce a las pistolas,
con su varonil estambre
que no sabe de la doma.
Plantaron un cenicero
sólo para ver si brota,
y crecieron dos pulmones
que respiran sólo sombras;
pero lo oscuro no falta;
-es de lo que más nos sobra-
de eso no nos preocupemos.
Emigrarán a la popa
los ojos desahuciados,
de sus cuencas escabrosas.
Y de anidar en espaldas
se convirtieron en roca,
aquellos ojitos tristes
que ya nunca se encaloman,
sobre la cima del faro
que se tragó la anaconda,
sumergiendo en las tinieblas
que difuminan las formas,
con su tosido reseco
que listones rectos comba.
Junto a las podridas mieres
se descompone la alondra,
y de su blanco collar
no queda una pluma sola:

a toditas se llevaron;
se las llevaron a todas,
la degollada mañana
en que volvieron las sombras,
que respiran los pulmones
que parece que sí brotan,
de plantar un cenicero
bajo la tierra más sosa.

TORMENTA

Ruge furibundo el viento,
sangra amarillo la yema.
Un desierto es el Edén
donde pudren Adán y Eva.
Entre los cirros y estratos
se gesta la gran tormenta,
con el corazón del cactus
y los puños de reyerta,
amaneciendo despacio
sin que nadie la entretenga,
y en breve, de rato a rato,
la nombrarán como inmensa.
Y correrán a sus casas,
gentes mientras zapatean,
pero lo que ellos no saben
es que su casa está fuera,
donde lloverá la plata
de mandíbulas estrechas;
donde el huracán se viste
de destrozo en cada vuelta.
Mientras, rebeldes ombligos
que quisieron ser trincheras,
se daban cuenta confusos;
aturdidos se dan cuenta,
que su tiempo fue perdido,
que nunca estalló la guerra
y como abismos se sienten;
como inhabitada cuenca,
que luchaba por ser ojo
y se quedó en la ceguera.
El alquitrán se revuelve,
las noches tienen su lema,

las estrellas se interrumpen,
la luna es una embustera
que roba su luz al sol
y luce como una reina,
pero en el fondo ella sabe
que no es más que tierra yerma.
Algunos días deprimida
achica su turbia esfera:
algunos días crecía,
pero otros tan sólo merma.
En la basa que sostiene
amarrada con la flema,
se ha postrado el terremoto
vaticinando condena.
No queda ya nada en pie;
no queda piedra con piedra,
sólo el polvo misionero
que al estornudo alimenta.
Se quebraron los botijos,
se rajaron las probetas,
que albergaban toda vida
debajo de sus chaquetas.
Ya sólo queda silencio;
dió gusto oír la tormenta:
pero ya jamás podrás
porque ni tormenta queda.

TRES PATAS

Enredada a un hombre calvo
murió de vieja Dalila;
sosteniendo las tijeras
que ni dan vida, ni quitan.
Sobre suntuosas alfombras
que vuelan en estampida,
se otean ruines paisajes
que agrietan su frágil quilla
porque tan sólo eran hilos;
porque tan sólo eran fibras.
!Ay, que será de nosotros!
Trotando sobre una lija,
con los pies bien desnuditos
persiguiendo aquella vida,
que escapaba de nosotros
desdoblado las esquinas:
es lo que pasa, que huye
al no sentirse querida.
No te engañes arañazo
que no hay rosas sin espinas,
ni saben de amor las pobres
desojadas margaritas.
Y las palabras se odiaban:
ni se juntan ni se riman;
por las bocas vagan solas
sin encontrar la salida,
que nunca las hará libres
!por avaras, por ariscas!
Morirán siendo la nada
sin el tacto de la brisa.
Los faroles alumbraban
las mentiras de la timba,

jugando a baraja rota
desde abajo de la cima,
silbando agudas canciones
que tararean las bichas,
escondidas bajo rocas
que al suelo no cicatrizan.
El las sillas de tres patas
de los traidores que avisan,
se sientan los grandes cantos
que pasaron por la criba
de agujeritos inmensos.

TROZOS Y CACHOS

Vaticinando desdicha
se aleja el bufón con llanto,
mientras suenan cascabeles
que quisieron ser badajo,
con su carcasa de bronce
y poder recitar alto,
lo que tienen que decir
sobre el cachondeo más falso,
que anida en las bocas tristes
que se imantan desde abajo:
desde el suelo húmedo y duro
que rasga los pies descalzos.
"Nunca es tarde para nada"
dicen siempre los más vagos,
mientras fenecen de viejos
justo antes de haber llegado,
a donde se propusieron
con asombroso letargo.
Se dictan los monaguillos
en voz alta los pecados,
que transcurrieron sin prisa
por sus ojos y sus manos;
mientras bendicen las ostias
hechas de salitre y barro,
bajo la mirada atenta
de Cristo, que aunque en su estado,
ha bajado a compartir
los licores que sobraron,
después de abrir sus muñecas
con la herrumbre de los clavos,
y de desvirgar la fosa
común bajo su costado,

en donde enterró a los hombres:
hombres de entender escaso.
!Oh bufón de mil colores;
entre todos no está el blanco!
La función no dura siempre,
aunque la vida es teatro:
que la carne se hace dura,
los dientes se van gastando,
la espalda tira a la tierra
que busca los cuerpos gachos.
La mente no sintoniza,
los recuerdos posan calvos,
el barbecho ya no sirve
para reparar los campos;
y bajo la tierra muerta
a los muertos enterramos,
para que se fundan yermos
en insustancial abrazo,
donde brotarán raíces
que sostendrán al gran árbol,
que ofrecerá calaveras:
su fruto más deseado.
Que sus hojas serán hojas
de un testamento anticuado,
donde los hombres son crueles
y los dioses son malvados.
Se alejaban harto tristes
los bufones y payasos,
allá donde el viento arrecia
para olvidar el remanso,
tan oscuro como el ojo
del cañón más renegado,
con su pupila de plomo
que mira de cerca a barcos,
deshaciéndolos en trozos;
y esos trozos en más cachos;

y esos cachos en las motas
que tizarán a los faros,
que privarán de su luz
haciendo de todo opaco.

UNO Y DOS

No quedan escupitajos
en las bocas tan reseca;
sólo quedaban las caries
junto a las papilas muertas:
cadáveres vigilando
que no se muevan las grietas.
Estúpido e inútil cuerpo,
bien te pagamos la renta
con dolores, que estrechando
nuestra mano nos la aprietan,
con una vejez desnuda
que no oculta su vergüenza.
Uno: se acerca el invierno.
Dos: se apaga la candela.
El acróbata sucumbe
ante el ancho de la acera,
donde el quebrar de los huesos
nos quiera entrar y no pueda.
Felpudo de premolares,
muros detrás de las puertas,
dandonos la bienvenida;
haciendo el nudo a la cuerda,
que abrazará los pescuezos
mientras de gusto se tensa.
¿Cual es el mejor consejo?
Si uno mismo se aconseja.
Lo demás; sólo rebuznos
que el idioma no respetan,
confundiendo los afluentes
que obedeciendo se secan
en vez de nutrir al mar.

FIN
(PARTE I)

...